

Ella: Demencia y Razón.

Por Lenore P. Glemm

A mis amigos por apoyarme. A mis maestros por darme el empujón que necesitaba. A mis padres, porque gracias a ellos comencé mi amor por la lectura y de ahí descubrí la escritura. A mi prima Viridiana, gracias por escuchar mis borradores.

INTRODUCCIÓN

Celaya, oeste de Santiago de Querétaro, Estado de México.

Jack estaba cansado de escuchar lo mismo cada vez que se encontraba con sus tíos; todo el tiempo la misma plática sobre su futuro, cómo lo mejor era casarse con una mujer de familia noble y rica como la suya y así poder tener algo porqué vivir. *Tener que cumplir con su obligación y traer descendencia a su familia. ¿Y su opinión no contaba?*

Suspiró sintiendo su frustración de siempre, cuando esa situación pasaba, solía ir a los establos, subía a su caballo y cabalgaba hasta llegar a un pequeño río unos kilómetros alejado de la mansión, a la orilla estaba un roble al que le gustaba ir a relajarse, en especial cuando sentía que su vida se iba por el caño, lo cual en esa semana le pasaba muy seguido, si no encontraba una manera de hacer entender a sus tíos que se casaría cuando estuviera listo, terminaría odiándolos.

A veces creía que ellos lo querían obligar a casarse no importándoles lo que él quisiera, como si su insistencia tuviera otras intenciones, como si quisieran deshacerse de él. Sacudió su cabeza

ante esa idea tan ridícula, ellos lo querían mucho, habían cuidado de él desde que sus padres murieron en un accidente de auto dieciocho años atrás, se habían convertido en sus tutores y su única familia.

Los amaba, eso no estaba a discusión, aunque tenía que admitir que en momentos como ese deseaba no tenerlos cerca. Le desesperaba tanto su insistencia por conseguirle una esposa que estaba considerando seriamente el buscarse una chica y presentarla como su novia para ver si así lo dejaban tranquilo, y eso no representaba un problema, las mujeres siempre lo admiraban, su rostro era por demás hermoso, era alto, cabellos rubios, sus ojos de un verde grisáceo, que era herencia de su familia, un cuerpo por el que matarían algunas, una inteligencia sobresaliente, y agregando lo último, tenía más dinero del que podía necesitar.

Además, ya no estaba en edad de que le buscaran una mujer: ¡Tenía veintiocho años por todos los cielos! Era un adulto maduro y responsable. *Demasiado maduro* —recordó que su tío Alejandro le había dicho una vez. Que a las chicas les gustaban los hombres jóvenes, y que a la edad que tenía sería muy difícil que encontrara una mujer que no lo quisiera por su dinero.

De nuevo suspiró, ese comentario hería su ego, pero lo dejó pasar. Se estiró en el césped y miró al cielo, ese lugar siempre le

Ella: Demencia y Razón

Leonore P. Glemm

hacía recuperar el buen humor, recordaba esos años en los que su padre le regaló a su caballo, los días en los que solían montar juntos, las veces en que hacían carreras hasta ese árbol. Los extrañaba mucho, pero ya no podían regresar.

Sonrió sintiendo nostalgia, se puso de pie y fue hacia su caballo que tomaba agua, no ganaría nada deprimiéndose, subió a este y regresó a su hogar. Le gustaba la velocidad y su caballo era el más rápido del establo, sentía el aire frío golpear su rostro y olvidó sus preocupaciones. Esa era una vida que no quería perder. Si algún día decidía casarse, sería con una mujer que disfrutara lo mismo que él.

Dejó a su caballo Black en el establo, le quitó la silla, cepilló su cabello y le dio un poco de heno y avena. Cerró la puerta y caminó a su casa. Llegando al jardín vio a sus tíos, los gemelos Alejandro y Thomas Bailey, tan parecidos en el exterior que era casi imposible identificarlos, aunque para él ya era fácil. Ya que aunque la mayoría no lo supiera, esos dos eran muy diferentes.

—Jack, al fin apareces —dijo su tío a lo lejos— Sabes que no nos gusta que te desaparezcas así.

Miró a su tío Alejandro, era rubio, alto, muy apuesto, de unos cuarenta años —aunque no los aparentaba—, sus ojos de un

Ella: Demencia y Razón

Leonore P. Glemm

verde grisáceo igual a los suyos, le sonreía, y sobre su boca una espesa barba rubia. Su mirada era amable, era casi un padre para él.

—Solo fui a montar con Black —respondió estando frente a ellos— Necesitaba pensar.

— ¿Pensar? —Escuchó que su otro tío decía, su tono era de burla— Espero que sea en la mujer que quieres por esposa.

Jack miró a su otro tío, a pesar de compartir los mismos rasgos que Alejandro, su mirada era fría, intimidante, nunca se dirigía a él con una sonrisa, o lo trataba con amabilidad. Y siendo francos nunca se sentía cómodo hablando con Thomas.

—Lo que el insensible trata de decir, Jack —miró a su hermano con una mueca— Es que queremos verte feliz. Si nos mostramos algo insistentes es porque nos interesa tu futuro.

—Soy feliz, me gusta la vida que tengo—aclaró.

—Solo deja de actuar como un mocoso inmaduro y consigue una esposa —Thomas perdía la paciencia, fumaba un puro con el ceño fruncido.

—Ya no eres un niño, Jack —Alejandro palpó su hombro— ¿No has pensado en lo que quieres hacer con tu vida?

—Tienen razón, no soy un niño —aceptó— Les estoy muy agradecido por haberme cuidado todos estos años, pero es mi vida y

Ella: Demencia y Razón

Leonore P. Glemm

yo decidiré si quiero casarme, no ustedes.

Sonrió a sus tíos y caminó rumbo a la casa. Alejandro suspiró, miró a su hermano que tiraba el puro al suelo. Lucía enojado.

— ¡Detente mocoso! —exclamó Thomas, estaba molesto.

Jack no obedeció, alzó su mano diciendo adiós y entró por la puerta trasera.

—Me tiene harto... —susurró peinando su cabello hacía atrás.

—No puedes obligar a alguien a casarse —intentó convencerlo.

—Tonterías, claro que se puede —lo miró como si fuera la persona más idiota del planeta— Y ahora veo que no nos deja otra opción.

Alejandro apretó los labios, no quería recurrir a ese método, pero Jack no ayudaba mucho.

—Está bien, hazlo —acarició su mentón— Pero la escogeremos ambos, no confío en tu gusto.

—Bien —sacó su celular— Es la única forma en que podremos quedarnos con el dinero.

—Lo sé... —susurró Alejandro. Solo esperaba que todo saliera bien.

Capítulo 1

Guanajuato, este de Querétaro, Estado de México.

A las 7:00 a.m. comenzó a sonar la alarma, el sonido agudo hizo que el chico se despertara, talló sus ojos y se sentó. La cabeza le dolía un poco, pero nada que una ducha no curara. Miró la cama, hizo una mueca al verla vacía. Vivía con su novia Elena, pero dormían en habitaciones separadas, —porque ella no quería compartir cama—.

Recordó la escena que tuvieron unas semanas atrás y frunció el ceño, no se sentía culpable, había hecho de todo para celebrar el cumpleaños de la chica, de hacerla feliz, lo único que quería era acostarse con ella, ¿era demasiado pedir? Se puso de pie y fue a la siguiente habitación, para su suerte no tenía seguro, entró, ella aun dormía.

—Vamos Elena —llamó en voz baja, se sentó en la cama junto a ella— Ya es de día.

Pero la chica no despertó.

—Elena... —volvió a decirle, tocó su hombro y la movió un poco: nada, ella aun dormía.

La contempló en silencio, era hermosa, y era suya. Si tan solo lo dejará demostrarle lo mucho que la amaba. Suspiró, si quería

lograr acostarse con Elena debía ser paciente, pero la espera lo volvía loco, cada mañana despertaba con su habitual *estado*, y la única opción que tenía era darse una ducha fría.

Acarició con sus dedos la espalda cubierta de la chica, dormía con un pijama simple de manga corta, en lo personal prefería el encaje y la lencería, pero ella no usaba esas prendas, recordó el camisón que le dio en su cumpleaños unas semanas atrás, ni siquiera se lo probó, esperaba que al darle eso Elena entendiera lo que quería, pero era demasiado ingenua. Descendió hasta el nacimiento de su trasero y regresó al comienzo, ella se movió protestando y se puso boca arriba.

Eric Wood tragó el nudo en su garganta, la blusa de cuello en V dejaba ver el nacimiento de sus senos, y el verla en esa posición solo empeoraba sus deseos reprimidos, acercó su mano de nuevo y tocó con lentitud desde la clavícula y bajó hasta sentir esos bultos que lo enloquecían —y que deseaba volver a acariciar—.

Elena volvió a moverse y él alejó su mano, no importaba lo mucho que se esforzara, ella seguía diciendo que no. Se sentó y fijó su mirada en su pantalón, frunció el ceño por la evidente excitación que se asomaba entre la tela. Suspiró levantándose de la cama, cerró la puerta y salió a la sala. Estando ahí encendió la televisión, cambió

de canal a las noticias, sabía que saldría algo relacionado con el caso que estaba resolviendo con su equipo: llevaba ya cuatro años siendo policía, a sus veintiún años esperaba deseoso que le dieran el puesto de detective que tanto quería y sabía que si lograba resolver ese caso lo iba a obtener.

Entró al baño a ducharse —con agua fría, como siempre—, escuchó cuando Elena se levantó, ya que tenía por costumbre bajar el volumen al televisor, respiró pausadamente hasta recuperar el control de su cuerpo. Salió apurado al momento que su nariz percibió el delicioso olor a jamón frito y jugo de naranja. Ella lo recibió con un bostezo que ocultó bajo su mano, Eric sonrió complacido, le gustaba la rutina, pero sería mejor con un poco de sexo antes del desayuno.

—Buenos días dormilona —susurró acercándose a la chica. La abrazó por la espalda, acarició su abdomen y besó su cuello. Ella se estremeció y se separó de él.

—Te he pedido que no me hagas eso —gruñó frunciendo el ceño, incómoda, no le gustaba que el chico se portara tan cariñoso— Ya hablamos de esto, Eric, no me gusta que te tomes esas libertades conmigo.

—Lo siento —hizo una mueca tratando de no enojarse, sin éxito —No creí que te molestarías.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

